

# El juglar de Nuestra Señora

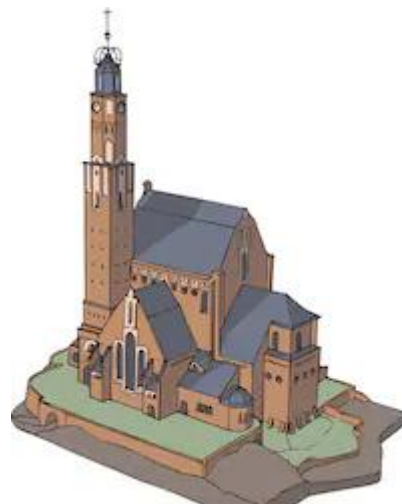


Cuenta una leyenda de un país muy lejano, que la familia Burkhard animaba todas las ferias navideñas con sus poemas, canciones y malabarismos. Nunca sobraba dinero para regalos; pero el hombre siempre le decía a su hijo: ¿Tú sabes por qué el saco de Papá Noel nunca se vacía, con la de niños que hay en el mundo? Pues porque, aunque está lleno de juguetes, a veces también deben entregarse algunas cosas más importantes, que son los llamados regalos invisibles. A un hogar dividido, él lleva armonía y paz en la noche más santa del año. Donde falta amor, él deposita una semilla de fe en el corazón de los niños. Donde el futuro parece negro e incierto, él lleva la esperanza. En nuestro caso, cuando Papá Noel nos viene a visitar, al día siguiente todos estamos contentos por seguir vivos y poder realizar nuestro trabajo: alegrar a las personas. ¡Que esto nunca se te olvide!

Pasó el tiempo, el niño se transformó en un muchacho y cierto día, la familia pasó por delante de la imponente abadía de Melk, que acababa de ser construida.

- Padre, ¿recuerda usted que hace años me contaba la historia de Papá Noel y sus regalos invisibles? Creo que cierta vez yo recibí uno de estos regalos: la vocación de hacerme religioso. ¿Puedo quedarme en esta abadía?

Aunque la compañía de su hijo les hacía mucha falta, los padres comprendieron y respetaron su deseo. Los monjes, aceptaron al joven como novicio.



Llegó la víspera de la Navidad y, justamente ese día, se obró en Melk un milagro: Nuestra Señora, llevando al Niño Jesús en brazos, decidió bajar a la Tierra para visitar el monasterio. Todos los religiosos hicieron una gran fila y cada uno de ellos iba mostrando ante la Virgen, sus mejores obras. Uno les mostró las bellas pinturas que decoraban el local, otro les llevó un ejemplar de una Biblia realizada en el convento y un tercero recitó de carretilla el nombre de todos los santos (sin dejarse ninguno).

Al final de la fila, el joven Buckhard aguardaba ansioso. Sus padres sólo le habían enseñado a lanzar bolas a lo alto para hacer con ellas algunos malabares. Cuando le tocó el turno, avergonzado, sintiendo la mirada de reproche de alguno de los hermanos, se sacó unas naranjas del bolsillo y comenzó a arrojarlas hacia arriba para atraparlas a continuación, creando un círculo en el aire, al igual que solía hacer cuando él y su familia caminaban por las ferias de la región.

Fue entonces cuando el Niño Jesús empezó a aplaudir de alegría en el regazo de Nuestra Señora. Y fue a este muchacho a quien la Virgen María extendió sus brazos y le permitió sostener durante un tiempo al Niño, que no dejaba de sonreír.

